

5 de octubre de 1965

«Nunca más la guerra»

El 24 de octubre, la ONU celebra su 68° cumpleaños, fecha que recuerda la promulgación de aquella “Carta” que está a la base de las relaciones internacionales. Proponemos aquí un fragmento sacado del diario de Chiara Lubich del 5 de octubre de 1965, que hace ver su profunda adhesión al acontecimiento histórico de la visita de Pablo VI (la primera de un pontífice) a la Asamblea de las Naciones Unidas, y a su vibrante apelación: «La Humanidad debe poner fin a la guerra, o la guerra pondrá fin a la Humanidad».

Ha vuelto el Santo Padre de la ONU.

Y nuestro santo orgullo de ser hijos suyo, de él, Vicario de Cristo, ha alcanzado su punto culminante cuando ha hablado en la sala. Nunca se ha visto un espectáculo semejante: él es la estrella del camino de la Humanidad, la guía de los hombres que, muy a menudo no saben ser hermanos. Él, humilde como el carpintero de Nazaret, se ha elevado como la más alta figura del mundo, padre y maestro universal, sublimando, con su sabiduría, que penetra en todas las cosas y acontecimientos, toda inteligencia humana.

Él, pequeño como los hijos de Dios, ha sido grande, universal, como la caridad divina que dilata su corazón, al hacer llover – al estilo del Padre Celestial – sobre justos e injustos la misma lluvia de gracias.

En la era atómica, en la que todo el mundo puede ser destruido por los inventos del hombre, el Vicario de Cristo lanza a la Humanidad entera hacia una óptica nueva, un porvenir nuevo, un mundo nuevo, dejando tras de sí las ideologías con sus más rosadas promesas y reivindicando para Cristo, dador de todo bien, de toda luz buena, las más altas aspiraciones del mundo de hoy.

El Papa Juan, en este sentido, fue su precursor, descontaminando la atmósfera con el perfume universal de su caridad.

El Papa Pablo, como otro Cristo, en esa atmósfera trabaja, y es comprendido y admirado por cualquiera que tenga aún una fibra de buena voluntad.

« ¡Gloria a ustedes!» dijo Pablo VI a los hombres reunidos en consenso y deseosos de dar salida a sus mejores recursos a favor de una causa que no se resuelve y no se consolida sólo con las fuerzas humanas.

Gloria a ti, Santo Padre, que haces vibrar nuestro corazón y arrebatas nuestro espíritu, como de alguna manera debía suceder en tiempos de Jesús.

(De *Diario 1964/65*, Editorial Ciudad Nueva, 1986, pág.146)